

das formas métricas (rondel, triolet, cuarteto persa, estornelo, entre otros), y las propias exploraciones poéticas (sus polirritmos sin rima, por ejemplo) que éste promueve desde fines del siglo XIX. Obviamente, los «colónidos» no son los únicos que se dan cuenta del alcance de la renovación literaria que Manuel González Prada postula, la misma que lo presenta como un olvidado precursor de lo que hoy se conoce como el modernismo latinoamericano³². Antes que ellos, Eguren ya había recibido el mensaje: por ejemplo, su primer poemario, publicado en 1911, ostenta un título (el de *Simbólicas*) que recuerda el modo de rotular que tiene Manuel González Prada, con adjetivos que calificaban a las composiciones contenidas en el volumen respectivo: *Minúsculas, Exóticas, Presbiterianas, Libertarias...*³³.

No obstante su cosmopolitismo a ultranza, los «colónidos», van más allá de la lectura del lado «parnasiano» de la obra de Manuel González Prada («lo que menos les hacía falta», como equivocadamente dice Mariátegui); y, de esta manera, también asimilan lo medular de la crítica que éste desarrolla contra el *establishment* cultural de ese entonces. Esta situación se evidencia con bastante claridad cuando Valdelomar, para alcanzar la afirmación de los «colónidos» como grupo generacional, recurre a la autoridad intelectual de Manuel González Prada; mientras que Mariátegui, ante la urgencia de contrarrestar la réplica de López Albújar, se ve obligado a entrevistarlo. Una situación similar se descubre en otro artículo periodístico que Mariátegui publica el 6 de septiembre de 1916, donde, para argumentar el surgimiento de la nueva «alborada literaria» que promueven Valdelomar y Aguirre Morales, emplea casi los mismos argumentos que Manuel González Prada esgrime contra la ramplonería y el atraso de las generaciones previas a los «colónidos»³⁴. De modo que puede decirse que gran parte de la agresividad o la bizarría de la revuelta literaria de 1916 encuentra un gran estímulo en la campaña que desde hace años despliega Manuel González Prada sobre la necesidad de romper definitivamente tanto con la dependencia intelectual de la España ultramontana y conservadora como con la mediocridad de las oligarquías locales.

Otro tanto puede decirse, por último, del magisterio que Manuel González Prada ejerce en la apertura hacia los temas incaicos que muestran algunos «colónidos», pues el gran pensador, además de agitar sobre la necesidad de buscar nuevos impulsos en otras literaturas europeas, también insiste en la urgencia de hallar formas de expresión más propias e incluso se esfuerza por incorporar a la literatura peruana los temas vinculados al indio, tal como se observa en sus baladas incaicas «La cena de Atahualpa» y «Las flechas del inca» (1871 y 1875). De toda la legión de los «colónidos», son More, Valdelomar, Aguirre Morales y Mariátegui los que perciben la riqueza de esta veta de la obra de Manuel González

³² Sánchez, Luis Alberto: «González Prada, olvidado precursor del modernismo», Cuadernos Americanos, Año XII, N° 6, México, noviembre-diciembre de 1953. En: Escafandra, Lupa y Atalaya, 2° Edición, Lima, Banco Industrial del Perú, 1986, pp. 209-218.

³³ González Vigil, Ricardo: «González Prada, poeta mayúsculo», El Comercio, Lima, 3 de julio de 1988. En: Op. cit., pp. 218-219.

³⁴ Mariátegui, José Carlos: «Una carta sobre 'La Medusa'», El Tiempo, Lima, 6 de septiembre de 1916. En: Escritos Juveniles, t. 3, pp. 264-265.

Prada, la misma que antes es explotada por la Clorinda Matto de Turner de *Aves sin nido* (1888) y el Adolfo Vienrich de *Azucenas Quechuas* (1905). Como resultado de la eclosión del renacimiento del interés por lo incaico que se percibe tanto a nivel del teatro (la puesta en escena de piezas al estilo de *Ollanta*, *La Canción del Indio* o *El cóndor pasa*) como en el campo de la música (las investigaciones de José Castro, Leandro Alviña y Daniel Alomía Robles sobre la gama pentátona carente de semitonos de las melodías indígenas), este problema nuevamente es planteado entre 1912 y 1913.

Además de actuar como la ventana que permite que la literatura peruana se abra a los nuevos vientos literarios que soplan en otras partes del mundo, el movimiento *Colónida* también representa, en cierta forma, la afirmación de lo propio, lo original, lo nacional en ciernes. Al menos, ese es el sentido que para una parte de los «colónidos», como More, Valdelomar, Aguirre Morales y el propio Mariátegui, tiene la búsqueda de otro ordenamiento literario en el Perú. Se encuentra de por medio, además, la labor de cantar a la vida llena de sol, de mar y de sencillez de una provincia de la costa peruana —el puerto de Pisco— que el adalid de los «colónidos» inicia con su cuento «El Caballero Carmelo» (1913) y que More, como antes se dijo, en un arranque de clarividencia único, celebra como la orientación de la literatura del Perú del mañana³⁵. Está también el interés por los temas prehispánicos que Valdelomar manifiesta desde su breve estadía en Roma, a mediados de 1913, cuando, además de terminar de redactar el cuento anteriormente citado, empieza a pergeñar su proyecto de «novela incaica» y se interesa por la lectura de las *Azucenas Quechuas* de Adolfo Vienrich. Con el tiempo, este proyecto se convierte en los cuentos incaicos que Valdelomar publica entre 1914 y 1916 («El vuelo de los cóndores», «El hombre maldito», «Chaymanta Huayñuy» y «El camino hacia el Sol», sobre todo) y que en 1921, después de su muerte, son recogidos en el volumen intitolado *Los hijos del Sol*³⁶.

No debe olvidarse que, en la misma revista *Colónida*, Valdelomar no sólo hace gala de esa prosa preciosista y carente de color local que domina con tanta maestría³⁷, sino también escribe algunas reseñas de libros donde deja aflorar su creciente preocupación por la afirmación de lo nacional o lo propio en la literatura peruana. Eso es lo que ocurre en la breve nota que redacta sobre la tesis que el estudiante Teodomiro Gutiérrez Elejalde acaba de presentar sobre el poeta peruano José Arnaldo Márquez, donde expresa su alegría por el hecho de que los jóvenes, comprendiendo su misión en la vida intelectual, hayan empezado a orientar sus investigaciones hacia «temas nacionales»³⁸. En otra oportunidad, al ocuparse del primer tomo de una novela histórica —*Manuel Pardo* (1916)—

³⁵ Ver Zubizarreta, Armando: Perfil y entraña de El Caballero Carmelo, Lima, Editorial Universo, 1968.

³⁶ Arroyo Reyes, Carlos: «Luces y sombras del incaísmo modernista peruano. El caso de los cuentos incaicos de Abraham Valdelomar», Cuadernos Hispanoamericanos, N° 539-540, Madrid, mayo-junio de 1995, pp. 213-224.

³⁷ Ver, por ejemplo, Valdelomar, Abraham: «El ladrón», *Colónida*, Año I, N° 1, Lima, 15 de enero de 1916, p. 4.

³⁸ Valdelomar, Abraham: «La Quincena Literaria», *Colónida*, Año I, N° 1, Lima, 15 de enero de 1916, p. 37.

que Pedro Dávalos y Lissón acaba de dar a la estampa, Valdelomar lanza estos interesantes comentarios sobre las complicadas pero fecundas relaciones entre la historia y la literatura: «He aquí —dice— un filón de los más ricos para la juventud nacional: la historia, el campo virgen aún donde se realizan las hazañas de nuestros antepasados; el mundo no descubierto por la criolla literatura»³⁹.

En un pasaje de la crítica de More contra Ventura García Calderón puede sentirse, igualmente, el eco de este interés por los temas incaicos que los «colónidos» empiezan a compartir. Es More, prácticamente, el que eleva a nivel de programa la apertura hacia los temas incaicos que Valdelomar postula: «Quien literatura peruana pretende hacer —dice More—, obligado está a inquirir en el alma de nuestros más remotos ancestrales. Y esos no son los marquesitos putrefactos y esmirriados y las tapadas niña-cholescas del coloniaje. Debe subir el espíritu hasta los remotos milenios de los megalitos incaicos. Debe escudriñar en la tradición, oír de boca del pueblo la rapsodia que, desde la boca de lejanísimo ancestral, viene hoy al último retoño de una raza que entre frío y alcohol aún pimpollece»⁴⁰. Otro de los «colónidos» que sigue a Valdelomar en su aventura incaísta es, naturalmente, Aguirre Morales, quien en 1918 publica el cuento *La Justicia de Huayna Cápac* y posteriormente termina *El Pueblo del Sol* (1924 y 1927), su gran novela incaica⁴¹. Por último, el propio Mariátegui también ve con buenos ojos que el incaísmo comience a tomar cuerpo en las diversas manifestaciones artísticas peruanas (el teatro y la música, sobre todo) y asocia este hecho tanto con el levantamiento indígena que lidera el mayor Teodomiro Gutiérrez Cueva («Rumi Maqui») como con un fenómeno cultural más vasto que por esos años se produce: lo que él califica como «un renacimiento peruano»⁴².

Si lo comparamos con lo que el indigenismo posteriormente representa en términos de denuncia social o de interpretación desde adentro del mundo andino, el incaísmo de los «colónidos» no va más allá de la fina intuición o la buena voluntad de algunos de sus integrantes. En ese sentido, el acercamiento al indio que quiere More, como dice Luis Loayza, se produce más tarde, con escritores como José María Arguedas en la literatura y, fuera de ella, con el trabajo de las ciencias sociales⁴³. Pero lo que hay que agregar es que tanto este fenómeno que ocurre en las últimas décadas, así como el surgimiento del indigenismo de los años veinte, no puede explicarse sin el concurso de Valdelomar y los suyos, quienes, después de Manuel González Prada, Matto de Turner y Vienrich, son los que pugnan por incorporar los temas incaicos en la literatura peruana y establecer así una tradición que sirva de base a las nuevas generaciones que habrían de venir, por ejemplo, con Arguedas. Para ello, los «colónidos»,

³⁹ Valdelomar, Abraham: «Libros recibidos», *Colónida*, Año I, N° 3, Lima, 1° de marzo de 1916, p. 39.

⁴⁰ More, Federico: Op. cit.

⁴¹ Ver Arroyo Reyes, Carlos: *El incaísmo peruano. El caso de Augusto Aguirre Morales*, Lima, Mosca Azul Editores, 1995, pp. 67-100.

⁴² Mariátegui, José Carlos: «Minuto solemne», *El Tiempo*, Lima, 25 de abril de 1917. En: *Escritos Juveniles*, t. 5, Lima, Biblioteca Amauta, 1992, p. 347.

⁴³ Loayza, Luis: Op. cit., pp. 144-145.

por un lado, deben de enfrentar las posiciones de hombres como Riva-Agüero, que en un principio se opone frontalmente a la idea de americanizar la literatura a través de la propuesta de remontarse hasta los tiempos anteriores a la Conquista para así revivir las civilizaciones quechua o azteca⁴⁴; y, por el otro, bregar hasta con el escepticismo de intelectuales como Clemente Palma, que duda sobre la posibilidad de poetizar en torno a la vida de los habitantes del imperio incaico⁴⁵. De manera que hasta en la evocación de temas incaicos, los «colónidos» demuestran cierto progresismo.

Al final, *Colónida* alcanza una dimensión que va más allá del grupo inicial que la anima en Lima y resulta compaginándose con los nuevos movimientos literarios y culturales que asoman en diversos puntos del Perú y que, más tarde, propician la eclosión de la vanguardia y el indigenismo literario. Dentro de esta perspectiva, Sánchez considera que Valdelomar y los suyos ejercen una influencia indiscutible tanto sobre el «Grupo Norte» de la ciudad de Trujillo (Antenor Orrego, César Vallejo, José Eulogio Garrido, Francisco Imaña, Alcides Spelucín, Juan Espejo Asturrizaga, Francisco Sandóbal, Víctor Raúl Haya de la Torre) como sobre la futura constelación del *Boletín Titikaka* de la ciudad de Puno, donde los hermanos Alejandro y Arturo Peralta aparecen como los motores impulsores⁴⁶. Es así como Valdelomar, ya casi al final de su corta pero fecunda experiencia, acaba convirtiéndose en una suerte de promotor de los escritores que surgen por ese entonces y posteriormente se enrolan en las filas de la vanguardia y el indigenismo. En 1919, cuando la muerte lo sorprende de manera imprevista y brutal, ya estaba en camino la verdadera y definitiva modernización de la literatura peruana con la que él tantas veces había soñado y por la que bregó, sin duda, durante la revuelta literaria de 1916.

Carlos Arroyo Reyes

⁴⁴ Riva-Agüero, José de la: *Carácter de la literatura del Perú independiente (1905)*. En: *Obras Completas*, t. I, p. 267.

⁴⁵ Palma, Clemente: *Prólogo a Los Hijos del Sol*, Lima, Euforión, 1921, pp. VI-VII.

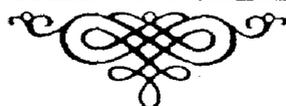
⁴⁶ Sánchez, Luis Alberto: *Colónida*, Edición Facsimilar, pp. 10-11.



Cuadernos Hispanoamericanos

391-393

- Enero-Marzo 1983 -



Homenaje a Ernesto Sábato

Con ensayos de

Francisca Aguirre, Jorge Andrade, Salvador Bacarisse, Jozef Bella, Mario Boero, Rodolfo A. Borello, Ricardo Campa, Carlos Catania, Héctor Ciarlo, Raúl Chávarri, Angela B. Dellepiane, Teodosio Fernández, Marilyn Frankenthaler, Albert Fuss, Paul A. Georgescu, Félix	Grande, Arnaldo Liberman, Juan Antonio Masoliver, Blas Matamoro, Graciela Maturo, Mario Merlino, Enriqueta Morillas, Darie Novaceanu, Alba Omil, José Ortega, Francisco Pacurariu, Gemma Roberts, Horacio Salas, Luis Suñén, Paul Teodorescu y Angel M. Vázquez Bigi
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Un volumen de 939 páginas

Dos mil pesetas

INSTITUTO DE COOPERACIÓN IBEROAMERICANA
AVENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS, 4. 28040 MADRID
Redacción: teléfonos (91) 583 83 99 y 583 84 01